

RECIBAMOS A DIOS COMO NIÑOS

Cuando Dios creó a Adán y Eva, fueron hechos adultos de una sola vez; esto implicó que ellos no tuvieran niñez, es decir, nunca experimentaron ni desarrollo físico, ni psicológico, tal como nos sucede a nosotros. Diferente a estos dos seres humanos que iniciaron la humanidad, todos nosotros tenemos el privilegio de nacer siendo bebés, aunque totalmente dependientes e indefensos.

A lo largo de los años todos vamos experimentando cambios en nuestro cuerpo, de modo que de ser niños pasamos a la juventud, luego a la adultez, y finalmente a la ancianidad. Así como vamos creciendo y cambiando físicamente, así también experimentamos cambios en nuestra parte psicológica. Por ejemplo, en las niñas es muy marcada la etapa del desarrollo, pues, aparece su primer ciclo menstrual, y a partir de ese momento su cuerpo empieza a adoptar forma de mujer. En los varones de igual manera hay cambios físicos en la voz, aparece la barba, etc. Los estudiosos han detectado que así como van habiendo cambios físicos en nuestro cuerpo en determinadas edades, también hay diferentes etapas psicológicas conforme van pasando los años en la vida.

Adán y Eva no experimentaron los cambios que nosotros tenemos desde la niñez porque ellos fueron el modelo de lo que Dios deseó del ser humano, en la mente divina ellos eran el molde de lo que vendrían a ser los demás hombres. Para el resto de la humanidad Dios planeó algo diferente, pero a la vez maravilloso, pues, haber nacido así como nos tocó a nosotros es algo hermoso. Haber sido amamantados por el pecho de nuestra madre, empezar la jornada de la vida totalmente dependientes de nuestros progenitores, y cada experiencia que tenemos en el desarrollo de nuestra vida es una evidencia del amor de Dios para cada uno de nosotros. ¡Alabado sea el Señor por lo que Él nos permite vivir desde que nacemos hasta los doce años! Según los estudiosos, a los doce años el ser humano completa su formación psicológica, aunque físicamente todavía le falte desarrollarse.

Dios quiso que todos los seres vivos fuéramos creciendo gradualmente. Él hace que las plantas surjan de una pequeña semilla, y de igual manera a los animales los hace tener una etapa de recién nacidos. En varios versículos de la Biblia Dios nos compara con árboles y animales, precisamente, porque todos tenemos un proceso de desarrollo, y además, un propósito. Cuando alguien siembra una semilla de mango, lo que espera un día, aunque se tarde muchos años, es comer mangos; igualmente cuando nace un ternero, su dueño se esfuerza en cuidarlo y alimentarlo todos los días, porque al cabo de unos años espera disfrutar la carne y demás beneficios de ese animal. En nuestro caso, Dios nos creó también con un propósito, Él espera que nos desarrollemos plenamente para que le seamos útiles en Su Reino. Dios cuida de nosotros desde que estamos en el vientre de nuestra madre, luego nacemos, comenzamos a desarrollarnos, y cuando hemos alcanzado un desarrollo completo en nuestro ser interior, Él pasa buscando fruto en nosotros.

A la primera etapa de nuestra vida, que va desde los cero a los tres años, le podemos llamar “Sensorial Cognitiva”; en esta etapa nosotros aprendemos a vivir a través de los sentidos. En estos años no aprendemos nada haciendo uso de la razón, debido a que nuestra mente aún no está desarrollada. Ningún ser humano hace uso de su mente desde el momento que nace, nadie puede razonar, sino que todo lo que vive, aprende y guarda lo hace a través de sus sentidos. Por ejemplo, ninguno de nosotros podemos recordar el amor, la ternura, las caricias, y tantos esfuerzos que hizo nuestra madre cuando éramos recién nacidos. Racionalmente no tenemos recuerdos de esta etapa de nuestra vida, sin embargo, emocionalmente tenemos registros de todo lo que vivimos, sea bueno o sea malo.

La etapa “sensorial cognitiva”, ya en la adultez es conocida como “amnesia infantil”, esto significa que ninguno de nosotros tenemos recuerdos de lo que vivimos de los cero a los tres años. Por ejemplo, si algún niño pierde a su papá a los dos años de vida, él no podrá recordar ese evento; el

niño sabrá que su papá murió hasta que pueda hacer pleno uso de su mente, y alguien le cuente ese suceso, de otra manera él nunca podrá tener recuerdos de esa experiencia. Dios nos diseñó de esta manera, ninguno de nosotros podemos recordar los primeros años de nuestra infancia. Ahora bien, aunque no podamos guardar recuerdos de esa edad a nivel de pensamientos, sí podemos almacenar y recuperar información a nivel de las emociones.

El hecho de que no tengamos memoria de esos años, no quiere decir que no sean importantes, al contrario, lo que llegamos a ser ya en la adultez es el resultado de lo que vivimos en la niñez. Si alguien es una persona que se resiste a amar y ser amado, que le cuesta relacionarse con las demás personas, que es cerrado sentimentalmente, muy probablemente se deba a todas las afecciones que tuvo en su etapa “sensorial cognitiva”.

Dios nos diseñó de esta manera para que, al desarrollarnos plenamente, respondamos al amor y a la ternura, y el día que Dios nos visite, podamos abrir nuestro corazón y recibir Su grande amor. Nuestro mayor conflicto en cuanto a Dios, es querer procesarlo a través de pensamientos. La experiencia que tendremos al querer entender lo divino a nivel mental, sólo nos dejará una sensación de frialdad, vaciedad, y aridez, es más, muchos llegan a la conclusión que Dios no existe. Esta etapa de nuestra vida nos da un gran mensaje de parte de Dios, a gritos nos dice que para encontrarlo a Él lo que necesitamos es abrir nuestro corazón y recibir Su amor, no que lo comprendamos mentalmente. Dice *1 Corintios 1:18* **“Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios”**. Este verso nos confirma el conflicto que hay en querer encontrar a Dios a nivel mental. El apóstol Pablo le escribió a los romanos las siguientes palabras: **“Porque con el corazón se cree para justicia...”**, esto es lo que debemos hacer primeramente, abrir nuestro corazón y recibir a Dios como la fuente inagotable de amor. Así como la ternura que recibimos de mamá al estar en su vientre, así como fuimos amamantados por ella tiernamente al nacer, y ni siquiera lo recordamos a nivel de pensamientos, así quiere Dios venir a nuestra vida.

Todo niño recién nacido es tan limitado que ni siquiera puede hablar, lo único que hace es llorar; si tiene hambre llora, si tiene frío llora, si tiene calor llora, en fin, llora para todo; son los padres los que se dedican a entender su llanto, y a tratar de suplirle su necesidad. Así también debe ser nuestra etapa inicial con Dios, lo único debemos hacer es presentarnos delante de Él con nuestras necesidades, y Él sabrá entendernos, pues, Él nos conoce mucho más que nuestra propia madre.

El Señor dijo en una ocasión: **“Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios”** (*Lucas 18:16*). Seguramente se refería a esta etapa entre los cero y los tres años, porque luego dice que los tomaba en sus brazos y los bendecía. Luego dijo el Señor: **“De cierto os digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él”**. Si queremos algo con Dios, y si creemos que Él puede hacer algo con nosotros, sólo mostrémonos como niños, presentémonos delante de Dios con nuestra necesidad profunda, y Él sabrá suplirnos según Su grande amor y misericordia. Las necesidades del ser humano seguramente son muchas, y es por eso que Dios espera que nos presentemos tal cuales delante de Él porque Él quiere llenarnos con Su amor. Nuestra necesidad en sí es nuestra propia vida desordenada y vacía sin Dios, eso es lo que Él quiere llenar. Abramos nuestro corazón y sin vacilar dejemos que Él nos inunde con Su amor.